

La/s masculinidad/es en una obra de Cervantes

René A. Vijarra
Facultad de Filosofía y Humanidades

Eje 3: Cultura y política. Producciones y prácticas culturales y artísticas transformadoras.

Palabras claves: Cervantes – masculinidad- barroco español

Los estudios sobre masculinidad datan de la segunda parte del siglo pasado en donde la idea de "hombre" es puesta en cuestionamiento y surgen diversos posicionamientos teóricos provenientes de disciplinas como la antropología, sociología, psicología, etc.

La masculinidad está en debate, y la idea de hombre como sujeto universal, racional, activo con capacidad para la acción se pone a discusión con el objetivo de cuestionar los viejos paradigmas y abrir el análisis a las variadas masculinidades, en tanto que ellas se construyen a partir de diversos factores como raza, condición religiosa, sexual, económica, etc.

Nuestro interés está centrado en el siglo XVII español y somos conscientes que no se puede utilizar una categoría de nuestros días y en pleno debate a un discurso literario del Siglo de Oro español pero, como señala Téllez & Verdú (2011), toda cultura que trató a las mujeres y hombres como portadores de características polarizadas tiene un concepto de masculinidad y femineidad. Nuestro objetivo es intentar reconocer algunos de los rasgos constitutivos de la masculinidad en la modernidad temprana en dos discurso modelizadores de gran prestigio en la época y dos obra de Cervantes, de modo que nos permita observar algunos desplazamientos con respecto a la masculinidad normativizada por la tradición cultural y los discursos provenientes del aparato institucional.

Cuando en 1613 Cervantes publica un conjunto de relatos con el título de *Novelas ejemplares* se ubica en el campo literario de una España convulsionada por una profunda crisis político-social que se manifiesta en la alteración de los antiguos valores éticos como la honra, fidelidad, el deber, la fama, etc. y, como consecuencia de esto, se produce la modificación o resignificación de esos valores y más allá del ideal de masculinidad hegemónica propuesto para los hombres del estamento nobiliario y avalado por el aparato institucional monárquico y eclesiástico existen otras posibilidades de masculinidad y estas están representadas en el texto cervantino.

La masculinidad en la temprana modernidad

Desde comienzo del siglo XVI, la antigua estructura medieval con su perfecta unidad tanto en lo divino, como en lo social y moral queda trastocada, "se desorganiza la unidad del orden y se viene abajo la jerarquía entre las cosas divinas y humanas, entre los valores morales, entre las clases y los individuos en la sociedad" (Maravall, 1986:29). Es durante el Renacimiento cuando la idea filosófica de individuo surge con la cultura urbana, los viajes, la ciencia moderna, la economía, los cambios religiosos y tantos otros fenómenos complejos. A partir de entonces, la representación del sujeto masculino moderno está presente en diferentes discursos del ámbito socio-cultural.

Ellos nacen machos y ellas, hembras y se hacen hombres y mujeres a través de los procesos de socialización y de construcción de identidades. El género es una construcción socio-cultural que es posible historizar teniendo en cuenta las relaciones sociales basadas en las diferencias entre

los sexos y como forma primaria de relaciones de poder (Scott, 1999). Desde esta perspectiva es posible preguntarse qué tipo de macho, es decir, de masculinidad/es está/n inscrita en los textos modelizadores y en la obra cervantina.

Los aires de renovación se inician durante el Renacimiento con las ideas aportadas por el Humanismo y sus estudios sobre el hombre, para Vilar (1996), la idea filosófica de sujeto surge en el siglo XVI y “en este sentido se puede sostener que la categoría sujeto es expresión del individualismo moderno en sus distintos aspectos y problemas” (p.65). Ya en el Barroco, los modernos habitantes de la ciudad creían cada vez menos en un orden moral, social y político inmutable del mundo garantizado por Dios y sancionado por la iglesia y la monarquía, y en esta primera fase de la modernidad, según Berman¹(1988) las personas empiezan a experimentar la vida moderna y “apenas si saben con qué han tropezado” (p.2).

El sujeto es una “invención” de la Modernidad que surge de la ruptura de los antiguos lazos comunitarios y “la subjetividad nació con el debilitamiento de las estructuras políticas y sociales medievales y, con el cambio cosmovisión religiosa que dominó al mundo durante mil años” (Martuccelli, 2007, p.10). El sujeto del cual se habla en la modernidad temprana, es el sujeto masculino, blanco, racional, heteronormativo, podríamos agregar, pertenecientes a elevados estamentos de la sociedad y, en el caso particular de la península ibérica, cristiano viejo. En esta categoría, la mujer queda relegada a la invisibilidad o a una pasividad impuesta por la tradición cultural patriarcal y por los discursos normativos.

La masculinidad normativizada

“La masculinidad no es lo mismo que ser hombre” (p.62) señala Giménez Guzmán (2007), de ser así se confundiría género con sexo, y al ser la masculinidad una construcción determinada socio-históricamente es de capital importancia saber que rasgos de masculinidad eran exigidos para determinados tipos de hombres.

Un discurso de gran influencia en la construcción de la masculinidad, es la famosa obra de Baltasar Castiglione, *El Cortesano* (1528) traducida al español por Juan Boscán en 1534. La obra es un “manual de civilita” o “manual de urbanidad cortesana” que sirvió de modelo a las minorías aristocráticas europeas. *El Cortesano* es un discurso modelizante de un tipo masculinidad hegemónica del mundo palaciego que todo buen cortesano debía y quería imitar, pero el modelo no solo se redujo al espacio de la corte, sino también; en el ámbito la ciudad, el estamento burgués con clara ascendencia económica deseaba imitar los modos de la vida cortesana.

La obra delimita esta masculinidad señalando como primer requisito la obligatoriedad del “buen linaje” porque “la nobleza de linaje es casi una clara lámpara que alumbrá y hace que se vean las buenas y malas obras” porque los hombres de “baja sangre” carecen del “deseo de la honra y del temor de la deshonra”, (Castiglione,1945, p.31), además es necesario que el cortesano tenga “ingenio, y sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo y alcance cierta gracia en su gesto y buena sango (sangre) que le haga luego a la vista parecer bien y ser de todos amado” (Castiglione,1945, p.33). En general la obra se detiene en los aspectos físicos y conductuales del perfecto cortesano, esto es porque “no trata de formar al sabio, sino al hombre de mundo en la más noble acepción del vocablo” (Menéndez Pelayo, 1967, p.12).

Si *El cortesano* modeliza al hombre en sociedad, otra gran obra de la época, proveniente del sistema de ideas dominantes del ámbito de la filosofía natural, *Examen de los ingenios para las*

¹ Para Berman la primera fase de la Modernidad se extiende desde comienzo del siglo XVI hasta finales del XVIII.

ciencias (1575-ampliada en 1594) del doctor Juan Huarte de San Juan² es de gran influencia debido a su teorización sobre la razón y naturaleza física del español de la primera modernidad. La razón adquiere una nueva estimación en la segunda parte del XVI y es motivo de debate en el campo cultural de la época. Esta obra contribuye al análisis y clasificación de los sujetos masculinos “que según la diferencia de ingenio que cada uno tiene, se infunda una ciencia y no otra (...)” (Huarte de San Juan, 1946, p. 42) y, de este modo, establece la relación natural entre hombre e ingenio:

Y esto baste en cuanto al nombre de *ingenio*, el cual descende del verbo *ingenero*, que quiere decir engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que representa al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende. (Huarte de San Juan, 1946, p. 63)

Desde esta postura, el engendrar conocimiento es un rasgo determinante del sujeto pero no cualquier sujeto:

(...) porque llenándolos Dios a ambos de sabiduría, es conclusión averiguada que le cupo menos a Eva, por la cual razón dicen los teólogos que se atrevió el demonio a engañarla y no osó tentar al varón temiendo su mucha sabiduría. La razón desto es, como adelante probaré, que la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro, no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría. (Huarte de San Juan, 1946, p. 42)

Por lo tanto, las mujeres quedan relegadas al plano de una carencia de origen natural:

Las hembras, por razón de la frialdad y humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo. Sólo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero, metidas en letras, no pueden aprender más que un poco latín, y esto por ser obra de la memoria. De la cual rudeza no tienen ellas la culpa; sino que la frialdad y humedad que las hizo hembras, esas mismas calidades hemos probado atrás que contradicen al ingenio y habilidad. (Huarte de San Juan, 1946, p.313)

El rasgo inherente del sujeto masculino es el ingenio y para cada ingenio corresponde una ciencia y no otra, además este sujeto es el único poseedor de la capacidad de “engendrar” pensamiento. Las ideas expresadas por este pensador tienen una amplia aceptación y la obra se erige en un discurso hegemónico normativizador del sujeto masculino de la temprana modernidad española que señala con qué condiciones naturales se puede alcanzar determinado saber y obrar, por ejemplo aconseja el modo de “procurar que el hijo nazca varón”.

Es interesante observar como la ingeniosidad está estrechamente enlazada con el órgano reproductor masculino: “luego cierto está que por el ingenio y habilidad sacaremos el

² Huarte de San Juan quien convirtió al ser humano en objeto de investigación con base científica, no obstante su profesión, no se autodenominó médico sino filósofo natural y sus estudios son “el resultado de largos años de filosofar por su cuenta y de observar al ser humano con los recursos que le proveía su doble condición de médico y filósofo” (Alborg, 1997: 1014).

temperamento de los testículos”, “los testículos dan y quitan el temperamento a todas las partes del cuerpo” (Huarte de San Juan, 1946, p. 309):

Pero lo que más conviene notar es que, si antes que capasen al hombre, tenía mucho ingenio y habilidad, después de cortados los testículos lo viene a perder como si en el mismo cerebro hubiera recibido alguna notable lesión. (Huarte de San Juan, 1946:309)

Además, los testículos no solo engendran vida sino calidad de vida, e incluso son más importantes que el corazón:

(...) dice Galeno; y es que, para dar a entender la gran virtud que tienen los testículos del hombre en dar firmeza y temperamento a todas las partes del cuerpo, afirma que son más principales que el corazón. Y da la razón diciendo que este miembro es principio de vivir y no más; pero los testículos son principio de vivir bien y sin achaques. (Huarte de San Juan, 1946:306)

La oposición testículos / corazón es entendible en este contexto en donde aún quedaba la idea poética del corazón como sede de los afectos y todo lo relacionado con los sentimientos se vincula con lo femenino, por lo tanto era necesario otorgarle a los genitales masculino una dimensión distintiva. Cabe aclarar que del aparato reproductor masculino solo es recurrente la mención a los testículos y no se nombra el pene.

Tanto el discurso de Castiglione como el de Huarte de San Juan cumplen la función de construir la masculinidad hegemónica en donde “ser hombre implica comportarse de cierta manera, pensar de cierta manera y relacionarse de cierta manera” (Jiménez Guzmán, 2007, p.64).

El amante liberal

En el universo ficcional de la obra, el eje del conflicto es una historia de amor en donde dos actantes, Ricardo y Cornelio, pretenden a una misma actante objeto de sus pasiones, Leonisa, quien a su vez muestra una clara preferencia hacia uno de ellos. En un principio, Ricardo, como sujeto rechazado y celoso y en disyunción con el objeto de sus deseos, protagoniza una serie de hechos que no hacen más que complicar la historia ya que su accionar confronta con las actitudes de su oponente. Ambos sujetos se oponen desde distintos lugares y el mismo Ricardo se encarga de señalarlos:

Mas ella, que tenía puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rótulo, que tu bien conoces; mancebo galán, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz meliflua y de amorosas palabras, y, finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados, (...). (Cervantes, 2001, p.115)

Esta caracterización no sólo pone en evidencia la delicadeza y refinamiento de la imagen de Cornelio, sino también, se advierte cierto matiz de afeminamiento. Este tipo de masculinidad es puesta en cuestionamiento en el discurso de Huarte de San Juan y de ellos dice:

(...) el hombre frío y húmedo es sabio, de buena manera, virtuoso; tiene clara habla, melosa; es blanco, de buenas carnes y blandas, y sin vello, y si alguno tiene es poco y dorado. Son los tales muy rubios, y hermosos de rostro. Pero su simiente dice Galeno que es aguanosa e inhábil para engendrar. Éstos no son muy amigos de las mujeres, ni las mujeres de ellos. (Huarte de San Juan, 1946, p.309)

A la adjetivación usada en la descripción de la figura de Cornelio –joven, blanco, rubio, atildado– se la enfatiza con una vinculación mítica:

Llégate, llégate, cruel un poco más, y enrede tu yedra a ese inútil tronco que te busca; peina o ensortija aquellos cabellos de ese tu nuevo Ganimedes, que tibiamente te solicita (...). (Cervantes, 2001, p.116).

El mito dice que Ganimedes era un joven idealmente bello, quien fue secuestrado por Zeus y llevado al Olimpo. Allí, Zeus lo hizo su amante y copero, suplantando a Hebe. Todos los dioses se llenaron de gozo al ver al joven, salvo Hera, la esposa de Zeus, que lo despreció. El mito ingresa en las formaciones discursivas del Renacimiento y el Barroco y, si bien, es tratado de diferentes modos, en todas las artes lleva el tinte de sensualidad, belleza y afeminamiento, que está presente en la representación estética del noble Cornelio y a los rasgos físicos se le incorporan caracteres de su condición social y humana:

¿Piensas que este mozo altivo por su riqueza, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linaje, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? (...) En los pocos años está la ignorancia mucha; en los ricos la soberbia; la vanidad, en los arrogantes, y en los hermosos el desdén (...). (Cervantes, 2001, p. 117)

Cornelio es descrito como el “hijo de Ascanio Rótulo”, y con una riqueza y honra heredada y su accionar en la obra es pasivo y hasta cobarde, y sólo toma “ánimo” cuando ve llegar a sus “parientes, criados o allegados”. El personaje es re-presentado desde tres carencias básicas: querer, poder y saber producto de su inmadurez. Por otro lado, tenemos a Ricardo de quien no se menciona sus ancestros ni sus atributos físicos, y no es hijo más que de sus obras, y con una clara conciencia del tiempo vivido que ofrecen experiencia y madurez, por lo tanto podemos inferir que posee las competencias básicas para llevar adelante un proyecto vital, pero con la desventaja de su inferioridad de condiciones socio- económicas, y a pesar de ello tiene un rol activo en la consecución de sus deseos. El final de la historia pone cara a cara a dos tipos de masculinidad: un “Ganimedes”, joven, bello, pasivo y tembloroso, frente a un hombre maduro, activo que se transforma a partir de su propia experiencia pasando de la obsesión por la mujer amada a la aceptación de la voluntad femenina.

Cervantes se detiene aquí en dos tipos de masculinidades, la de Cornelio, noble, rico y bello como prescribe el discurso hegemónico para un aristócrata pero su conformación fría y húmeda lo hacen “perder la parte racional”, pasivo en su accionar y sólo hijo de las obras de sus

ancestros y Ricardo, una masculinidad marcada por la razón que le permite reflexionar sus propios movimientos y actitudes y la pasión que le permiten luchar por el objeto de sus deseos hasta las últimas consecuencias. Podemos inferir que es un personaje con “ingenio” para engendrar “razones” a lo largo de su peripecia y para engendrar hijos, ya que sabemos por el narrador que la fama fue tanta “que aún hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa”. Si observamos no dice “con Leonisa” sino “en Leonisa” y aquí está presente la teoría de Huarte quien considera que la “simiente” engendra y da vida y dependiendo de la calidad dará varón o mujer con más o menos ingenio. Cervantes adhiere a la teoría de filosofía natural como la llama el mismo Huarte pero se aparta del modelo propuesto de un cortesano heredero de las obras de sus ancestros para propugnar una masculinidad hija de sus propias obras, de aquí radica su modernidad, aunque no se puede desprender totalmente de la episteme de su época.

Rinconete y Cortadillo

Esta novela ofrece una masculinidad marginal y desestimada por el discurso hegemónico que hemos presentado. La acción está enmarcada en el mundo del hampa con su propia jerarquía de valores. La casa de Monipodio es el albergue de una “cofradía” de delincuentes y prostitutas que viven al margen de la ley y se rigen por sus propias normas. Monipodio su jefe espiritual:

Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cecijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que traía en el pecho (...). Las manos eran cortas y pelosas, y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas, las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y diforme bárbaro del mundo. (Cervantes, 2001, p.184)

Según Huarte (1945) por “el color del cuero” se puede reconocer las calidades primeras, “si es moreno, tostado, verdinegro y cenizoso, es indicio de estar el hombre en el tercer grado de calor y sequedad (...) y si el vello es mucho, negro y grueso, especialmente desde los muslos hasta el ombligo, es indicio infalible de tener los testículos mucho calor y sequedad” (p.308). Estos hombres muy pocas veces “aciertan a salir muy hermosos, antes feos y mal tallados; (...), porque el calor y la sequedad, hace torcer las facciones del rostro, y así salen de mala figura” (p.308). Estos hombres son de entendimiento pero sin las potencias de memoria ni la imaginativa, por lo tanto no los hace hombres íntegros, hombres de ingenio.

Uno de los de los tantos “cofrades” de la casa de Monipodio, Repolido, es amante y protector de Juliana, la Cariharta, una “dama” que se prostituye para él y, además, es maltratada físicamente. Este personaje es la representación del hombre golpeador que, paradójicamente, en este medio, el apaleamiento adquiere connotaciones positivas. La Gananciosa, amiga de la Cariharta, comenta que desearía que le pasara lo mismo con su querido porque “lo que se quiere bien se castiga”, y le dice: “cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran” (Cervantes, 2001, p.189) y, de este modo, justifica la golpiza desde un lugar subalterno en tanto objeto deseado, querido, adorado y golpeado. Esta masculinidad marginal pone en valor una serie de rasgos y actitudes que son totalmente desestimadas por la masculinidad oficial normativizada.

A modo de conclusión

La masculinidad es un constructo histórico-cultural y en el caso de la temprana modernidad española está marcada por el determinismo biológico del discurso de Huarte de San Juan y la normativización de los manuales de conductas que prescriben modos de ser y actuar tanto para el hombre y mucho más para la mujer. Lo masculino está unido al poder de la razón, que otorga prestigio, autoridad y dominio sobre las mujeres y, además, la masculinidad es una lucha consigo mismo y con el otro masculino por la imposición del ser, saber y hacer de acuerdo a determinados conceptos, valores y prácticas que gozan de reconocimiento en este momento particular, por lo tanto, entendemos la masculinidad es un concepto relacional y, por otro lado, la masculinidad es una “posición” entendida como la situación exterior que determina la ubicación relativa del sujeto en una red de relaciones (Alcoff, 1989)³.

Existe en la península ibérica una masculinidad normativizada pero hay otras masculinidades periféricas y marginales no tenidas en cuenta en el discurso proveniente de los aparatos institucionales, pero no por ello, carentes de existencia ya que con-forman el espacio social. Esta diversidad nos autoriza hablar de masculinidades en tanto posiciones relativas determinadas, unas, por el discurso oficial y otras establecidas por el uso y costumbre de los estamentos populares de la sociedad.

Cervantes re-presenta en sus relatos algunas de esas masculinidades. Masculinidades en crisis con respecto al modelo pretendido y masculinidades marginales no reconocidas pero existentes. Ricardo es hijo de sus obras, Cornelio es hijo de su linaje, Monipodio y los suyos hijos marginales de una sociedad en proceso de transformación. Todos están re-presentados a través de la voz del narrador pero el único que queda en la memoria del pueblo es Ricardo, el amante liberal, por lo tanto podríamos pensar que su autor está optando por un tipo masculinidad integrada por pasión, razón y acción para la consecución de los objetivos.

REFERENCIAS

- Alcoff, Linda (1989). “Feminismo cultural versus posestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista”. *Feminaria* II.4, pág. 1-18.
- Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México, Siglo XXI.
- Cervantes, Miguel ([1613] 2001). *Novelas ejemplares*. Madrid, Crítica.
- Jiménez Guzmán, María (2007). “La construcción social de las masculinidades. Un análisis desde la perspectiva de género”, en *Reflexiones sobre las masculinidades y empleo*. En www.biblioteca.clacso.edu.ar. Centro Regional de Investigación Multidisciplinaria UNAM, México. Consultada 15/8/14.
- Castiglione, Baltasar ([1534] 1967). *El cortesano*. Madrid, Colección Austral. Espasa-Calpe.
- Huarte de San Juan, Juan ([1594] 1946). *Examen de ingenios para las ciencias*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Maravall, José (1980). *La cultura del Barroco*. Barcelona, Ariel.
- Martucceli, Danilo (2007). *Gramática del individuo*. Buenos Aires, Losada.

³ Alcoff (1989) propone el concepto de “posición” aplicada a la mujer para establecer su identidad en una red de relaciones. Creemos que es posible estudiar la masculinidad desde determinadas posiciones y el trabajar con esta idea nos permite hablar de masculinidades.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1967). "Prólogo" en Castiglione, Baltasar 1528: *El cortesano*. Colección Austral. Espasa-Calpe, S.A. Madrid.

Scott, Joan (1999). "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en *Sexualidad, Género y Roles Sexuales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Téllez, Anastasia & Verdú, Ana (2011). "El significado de la masculinidad para el análisis social", en *Revista nuevas tendencias en antropología*, núm. 2, pp. 80-113. En www.revistadeantropologia.es/. Consultada 15/8/14.

Cruz, Manuel (1996). *Tiempo de subjetividad*. Cap. "La identidad y la práctica" de Vilar, G. Barcelona, Paidós.